

jamás conducir al especulador ambicioso: en esta lucha, en esta especie de desafío entre las cosas del cielo y las de la tierra, el misionero ha sido siempre vencedor. . . . ¡ Ah! ¡ No creais por eso que se llene de orgullo; el sacerdote cristiano no se gloria de sí mismo; es á Dios á quien busca toda dicha y toda gloria; como el salmista esclama en su triunfo: *Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam!*

Hay navegantes, bien lo sé, que por amor de la ciencia afrontan como el apóstol de Jesucristo los peligros del mar, y que también como él han abandonado las delicias del lecho paternal al hogar hereditario, para ir bien lejos á vivir la vida del salvaje, y hacer algunos descubrimientos en las tierras desconocidas: pero este sabio, de retorno á su patria, publicará el resultado de sus lejanas y aventuradas exploraciones; los ecos del mundo repetirán su nombre y le crearán una nombradía entre sus contemporáneos; saboreará las alabanzas, se envanecerá en su gloria; y hé aquí lo que el mundo tendrá mejor que darle. Esta recompensa de sus trabajos es tan mezquina, tan miserable, que en ningún modo tienta al misionero evangélico: ¡ él ha pesado lo que vale la gloria de acá abajo, y la ha desdeñado; tanto como ha sufrido lo ha endurecido para arrancar las almas al imperio del demonio! A esas poblaciones ciegas, asentadas á la sombra de la muerte, ha querido hacerles ver la luz radiante que parte de la cruz y que brilla como el sol de la salud. Para conseguir este resultado, para llegar al centro de estas naciones salvajes, el apóstol viajero ha debido atravesar los bosques vírgenes, donde el pié de un hombre civilizado jamás había abierto un sendero, franquear los pantanos impracticables, atravesar los ríos impetuosos, trepar rocas inaccesibles. . . . Todos estos obstáculos ha tenido en su camino; con el celo de la fé los ha vencido; pero no se lo ha dicho á persona alguna: Dios y los ángeles solos saben las fatigas, las penas, los males que le han cercado; esto le basta. Ha obedecido un mandamiento del Señor: ama el alma del salvaje como la suya propia; ha querido salvarla para el bautismo. Y lo ha conseguido á través de mil peligros; y bendiciendo al Señor, le pide nuevos peligros para hacer elevar al cielo nuevas almas.

Diversas congregaciones religiosas se han consagrado á las misiones con todas las dificultades que ellas ofrecen. Había para los corazones generosos una noble y santa tentación. Los dominicanos, el orden de San Francisco, los jesuitas y los sacerdotes de las misiones extranjeras, han poblado las regiones bienaventuradas de idólatras convertidos, y debemos creer que los valerosos apóstoles que les han abierto los ojos, están al presente radiantes de gloria en el paraíso al lado de aquellos á quienes han hecho elevarse á él.

Entre los más hábiles, los más infatigables *reclutadores* para la patria celeste, es preciso colocar en primera fila á los discípulos de San Ignacio de Loyola. Hé aquí lo que dice el más bello genio, el más elocuente escritor de nuestros días. El jesuita (1) tenía sobre el viajero ordinario una educación sabia; los superiores exijian muchas cualidades de los escogidos que se destinaban á las misiones. Para el Levante era preciso saber el griego, el cophto, el árabe, el turco, y poseer algunos conocimientos en medicina; para la India y la China se escogian los astrónomos, los matemáticos; la América estaba reservada á los naturalistas. ¡ Y á cuántos santos disfraces, piadosas intrigas, cambios de vida y de costumbre no estaba obligado á recurrir para anunciar la verdad á los hombres! En Madré el misionero tomaba el traje del penitente indiano, se sujetaba á sus usos, se sometía á sus austeridades por desagradables y pueriles que fuesen. En la China se convertía en mandarin y letrado; cerca del iroqués se hacía cazador y salvaje. ”

Entre las almas hambrientas de la salud de los idólatras, es preciso citar una de las más grandes glorias de la Compañía de Jesús, un héroe de la caridad, San Francisco Javier. Este gentil-hombre, originario de una familia de España de las más distinguidas, había hecho excelentes estudios, y había venido á París para perfeccionarse en las ciencias. Se hizo tan hábil en filosofía y la profesó con tanta brillantez, que su reputación se extendió muy lejos: Dios quiso que conociese á San Ignacio de Loyola durante su permanencia en Francia, y que trabase amistad con este grande hombre, tan simpático como superior, por su carácter y su virtud. Ignacio, que había vivido en el gran mundo y que conocía por lo mismo toda su vanidad, no tuvo inconveniente en hacer conocer á su amigo todo lo fútil de las cosas de la tierra, y le persuadió á consagrar todos sus talentos, toda la energía de su alma al servicio de Dios. Los dos estaban entonces en París; y habiendo escapado Javier á una enfermedad muy grave, se había ligado por un voto, pronunciado en la iglesia de Montmartre el día de la Asunción de 1554, á consagrarse en cuerpo y alma á la conversión de los pecadores.

Habiendo Ignacio de Loyola tenido el consuelo de ver su orden confirmada por el papa Inocencio III, toda su milicia se dispersó por todos los puntos del mundo, con un mismo deseo, una misma resolución, un mismo objeto, *trabajar en la salud de las almas*, y á la mayor gloria de Dios: *AD MAJOREM DEI GLORIAM.*

Habiendo pedido Juan III, rey de Portugal, misioneros para enviar á

(1) *Genio del cristianismo y las Cartas edificantes.*

las Indias, Dios hizo conocer que destinaba á Javier, que por el éxito de sus predicaciones era entonces mirado como el apóstol de la Italia.

Después de haber recibido la bendición apostólica, Javier se embarca, no llevando consigo mas que su breviario, su crucifijo y su rosario, para ir á la conquista de las almas. Partió con el corazón lleno de confianza en el Señor, y de amor hácia el prójimo. Esta confianza en Dios no fué fallida, y este amor por nuestros hermanos en Jesucristo, debió tener numerosas y grandes alegrías para el alma del apóstol, porque jamas misionero alguno obró tantas conversiones como él. . . Su palabra se hacia irresistible para todos los pueblos que venian á escucharlo. En Africa, en Goa, en la parte de la Pesquería, en el reino de Travancor, en algunos meses Javier convirtió mas de diez mil idólatras. Los numerosos milagros que obraba en nombre de Jesucristo, las tempestades calmadas, las aguas deténidas, las enfermedades curadas, los muertos resucitados, habian llevado á lo lejos el renombre del servidor de Dios. Los pueblos que estaban todavía en la ignorancia de la verdad, se levantaban para pedirla. A su voz el cristianismo se estiende como un beneficio en las Indias y en las islas que las rodean. Insaciable de trabajos, su ardiente caridad sueña nuevas conquistas para el cielo: no hay isla ó escollo en el Océano que pueda escapar á su celo, y como otra vez los reinos faltaron á la ambicion de Alejandro, la tierra va á faltar al apóstol del Dios de las misericordias.

Llega al Japon, mas encenegado en el error, mas ligado al culto de los ídolos que todos los otros países. Allí, mas que en los otros, los obstáculos, los peligros, las persecuciones no pueden intimidarle. Dios está con él: ¿quién, pues, le puede hacer temblar? Empieza su obra, y su trabajo es todavía bendecido del cielo. Los pueblos de las campiñas y de las ciudades quieren verlo y oirlo. Corren, le escuchan, y aquel que tiene todos los corazones en sus manos y que los dirige á su antojo, dá tal persuasión á la palabra de su siervo, que todos estos inmensos tropeles caen de rodillas, piden á grandes gritos el bautismo y abrazan la fé de Jesucristo.

En medio de estos triunfos, Javier quiere otros aún; es al poderoso imperio de la China adonde quiere ir á llevar las luces del Evangelio y plantar la cruz de su divino Maestro. Llega bien pronto á la isla de Sancian, vecina del Celeste imperio. Es allí donde la Providencia ha señalado el término de la carrera del infatigable misionero. Podria ir mas lejos todavía; pero Dios quiso que el apóstol viajero reposase en fin; quiso que allí recibiese la palma que le llevan los ángeles, y la corona de santidad que le era bien debida.

Instruido del dia y la hora en que su alma volveria hácia Dios, se preparó á la muerte con aquel fervor angélico que le hacia frecuentemente estasiarse. Entonces, cuando estaba así, como trasportado al cielo, su alma estaba inundada de delicias, tan radiante de dicha, que en la pobre choza de madera en que se retiraba de tiempo en tiempo para rogar y meditar al ruido inspirador de las olas, exclamaba en sus divinos transportes: *Satis est, Domine, satis est.* Es bastante, Dios mio, es bastante.

Fué el 2 de Diciembre de 1552 que Javier pasó á mejor vida, de edad de cuarenta y cinco años. En esta vida tan corta; cuántos trabajos acabados! En estas rudas fatigas, en sus penosas pruebas; cuánta fuerza, cuánta resignacion revelada! En esta muerte; cuánta suavidad! En los cielos; ¿qué magnífica recompensa!

Cuando los jesuitas se hicieron agregar algunos indios, tuvieron que recurrir á un medio poético para ganar las almas: ellos habian notado que los salvajes de estas riberas eran demasiado sensibles á la música: tambien se dice que las aguas del Paraguay vuelven mas bella la voz. Los misioneros se embarcaron en sus piraguas con los nuevos catecúmenos, y subieron los rios entonando sus cánticos. Los neófitos repetian los aires, como los pájaros de reclamo cantan para atraer á las redes del pajarero los pájaros salvajes. Los indios no faltaron pues en venir á caer en el dulce cepo. Descendian de sus montañas y corrian á las riberas de los rios para escuchar mejor estos acentos; muchos de entre ellos se arrojaban en las ondas y seguian á nado la navicilla encantada. El arco y la flecha escapaban á la mano del salvaje; el gusto imperfecto de las virtudes sociales y las primeras dulzuras de la humanidad, entraban en su alma confusa; veia á su muger y su hijo llorar con una alegría desconocida. Bien pronto subyugado por un atractivo irresistible, cayó al pié de la cruz, y mezclaba torrentes de lágrimas á las aguas regeneradoras que caian sobre su cabeza.

En medio de nosotros todavía, en nuestra época tan poco poética, los buenos padres misioneros, como lo hemos dicho ya en este libro, han recurrido á las bellas artes, para elevar las almas hácia Dios: el Canto de los cánticos es uno de los grandes medios de las misiones en las campiñas y en las aldeas. Y cuando ya han acabado los santos ejercicios, cuando los apóstoles han vuelto á sus retiros, las poblaciones que han sido evangelizadas, están en algun modo obligadas á guardar el recuerdo de todo lo que les ha prometido el Señor de las misericordias y de los perdones; porque ha quedado en el país como los ecos, para repetir los piadosos estribillos. Las mugeres y los niños no han olvidado los cantos que les han enseñado los misioneros; y mientras el trabajo de los cam-

pos y la velada de la noche, bajo el techo de la familia, se les recita en coro.

Alguna vez los hombres políticos preguntan con gran desden, ¿qué sería un país abandonado, entregado al poder de los sacerdotes? Vamos á responderles con un hecho histórico, y á mostrarles lo que los pobres sacerdotes han podido dar de dicha á hombres sobre los cuales tenían autoridad. . . . Como el espacio me falta, no podré mas que reproducir algunos rasgos de este magnífico cuadro.

Los nombres de los padres Maceta y Cataldino, deben ser inscritos entre los de los bienhechores de la humanidad. Bajo la inspiracion de Dios, ellos se han hecho legisladores, y han fundado una república cristiana, que los enemigos de Cristo se han visto obligados á admirar y echar de menos.

Los dos padres de la Compañía de Jesus que acabamos de nombrar habian reunido algunos salvajes esparcidos sobre las riberas del *Uruguay*, formaron una pequeña villa á la cual, por un recuerdo de la bella Italia, dieron el nombre de *Loretto*. De este punto consagrado á la Santísima Virgen, Madre del Salvador, es de donde han discurrido tantos beneficios, tanta dicha, durante mas de siglo y medio, sobre las hordas salvajes civilizadas por el cristianismo.

La pequeña y feliz república estaba dividida en barrios (*reducciones*): dos misioneros administraban y gobernaban cada pequeña poblacion. Cada una de ellas tenia dos escuelas: una para los primeros elementos de las letras, otra para el baile y la música; recreos naturales de todas las tribus primitivas. Antes de poco tiempo estos hijos del desierto habian progresado tanto al soplo maternal de la religion, su inteligencia natural se habia desarrollado tanto, que se habian vuelto hábiles obreros, sabiendo hacer ellos mismos sus órganos, arpas, flautas, guitarras, y nuestros instrumentos guerreros. Desde que un niño tenia siete años, los dos religiosos, que al mismo tiempo desempeñaban el lugar de padres de familia y de administradores, estudiaban su carácter. Si parecia propio para los empleos mecánicos, se le hacia entrar en uno de los talleres de la reduccion, en aquel á que su inclinacion lo llevaba: se hacia platero, dorador, relojero, cerrajero, carpintero, ebanista, tejedor, fundidor. Cuando se revelaba la vocacion de labrador, era á los trabajos del campo donde el jóven era enviado.

Las mugeres trabajaban separadas de los hombres. En el interior de sus moradas, en los talleres como en las familias, la presencia de un Dios viéndolo y oyéndolo todo, era recordada por sentencias escritas, por la voz de los gefes.

Los perezosos eran condenados á trabajar una porcion mas grande del campo comun.

Los hombres vestian como los antiguos castellanos. Cuando iban al trabajo, cubrian este traje de un capoton ó sobretodo de tela gruesa, muy semejante á nuestras blusas.

Las mugeres llevaban largas túnicas blancas; sus cabellos flotantes les servian de velo.

Entregadas á sí mismas, las poblaciones salvajes aman las fiestas: la pequeña república tenia las suyas. Eran anunciadas las visperas, no solamente por los repiques solemnes de las campanas, sino tambien por fuegos artificiales é iluminaciones. A sus luces, los niños danzaban en la plaza pública.

Escuchemos al padre Chaslevoix, esplicando estas fiestas á las cuales habia asistido con sus hermanos los misioneros: “He dicho que nada habia de precioso en esta fiesta del *Córpus*, pero todas las bellezas de la naturaleza son reunidas con una variedad que las representa en todo su esplendor. Allí habia, si así puedo hablar, todo ser viviente; porque en las flores y sus ramas de árboles que componen los arcos de triunfo, bajo los cuales pasa el Santísimo Sacramento, se ven voltejear pajaros de todos colores, que están atados por las patas con hilos tan finos y largos, que parecen tener toda su libertad, y haber venido por sí mismos para mezclar sus gorjeos al canto de los músicos y de todo el pueblo, y bendecir á su manera á aquel, cuya Providencia no les falta jamas

“De trecho en trecho se veian tigres y leones bien encadenados, á fin de que no turbasen la fiesta, y hermosos pescados que jugaban en grandes receptáculos llenos de agua; en una palabra, todas las especies de criaturas vivientes asistian allí como por diputacion, para rendir homenaje al Hombre Dios en su augusto Sacramento.

“Se hacian entrar en esta decoracion todas las cosas que se regalan en las grandes alegrías. Las primicias de todas las cosechas para ofrecerlas al Señor, y el grano que se debia sembrar á fin de que el Señor lo bendijese. El canto de los pájaros, el rujido de los leones, el estremecimiento de los tigres, todo se hacia oír sin confusion y formaba un concierto singular.”

Nosotros hemos visto otras repúblicas querer tambien moralizar el pueblo con otras fiestas tomadas del paganismo, á los griegos y á los romanos, y recordamos el sentimiento general que han hecho nacer entre todos aquellos que han asistido á ellas. . . . en que, simples esplectadores, han visto desfilar sus ridículos cortejos. . . . el menosprecio y el disgusto.